

## DECIMO PERIODO

LOS ANTONINOS (1) (96-180) — LA PAZ ROMANA

### CAPITULO LXXIX

NERVA Y TRAJANO (96-117).

I. — NERVA (19 SET. 96 — 28 ENERO 98) (2).

Diez emperadores se repartieron los ochenta y dos años trascurridos entre el advenimiento de Tiberio y el de Nerva: cinco provenían del derecho hereditario; otros cinco de la elección de los soldados: aquél dió, por ejemplo, á Calpúlgula y Nerón; ésta á Claudio y Vitelio. Según sus resultados, cualquiera de los dos sistemas corría parejas con el otro.

Sólo diferían en las apariencias. Que Otón comprara el imperio á los pretorianos, ó que Domiciano heredara á su hermano, importa poco: el príncipe, llegara como llegara al trono, era dueño absoluto en un país que no había suprimido, sin embargo, toda huella de sus instituciones libres, y en un tiempo en que todavía se recordaban el pueblo, el senado y los comicios con sus magistrados anuales y responsables. Así, la forma del poder estaba en contradicción con las costumbres y las tradiciones, dos grandes fuerzas que quieren ser respetadas; mas parecía estar de acuerdo con otra fuerza que es preciso tener en cuenta: los intereses, pues por todas partes se dejaba sentir una inmensa necesidad de paz y de orden público.

Había pues para aquella sociedad dos cuestiones muy diferentes: una política que se debatía en Roma y por desgracia en los campamentos también, casi siempre en medio de sangrientas peripecias: la del advenimiento, sostenimiento ó caída del príncipe; la otra económica, que era el único cuidado de los provinciales: la paz sin concusiones ni violencias, la seguridad de los caminos y la actividad del comercio, sin impuestos onerosos.

Augusto y Vespasiano habían satisfecho esta doble necesidad: bajo el poder de uno y otro, Roma había estado tranquila, olvidada la ley de lesa majestad y desocupado el lictor; y había habido disciplina en el ejército, bienestar en las provincias, y en el Estado las formas exteriores de la libertad. Pero estos beneficios provenían de la voluntad

(1) Agregamos á la familia Antonina el italiano Nerva, que adoptó al español Trajano, y excluimos de ella á Cómodo, que fué indigno de su raza.

(2) Para la historia de Nerva y Trajano ni aun tenemos ya á Suetonio, que se detiene en Domiciano, y la fuente principal es Dion Casio, ó más bien su compilador Jifilino. Hemos perdido desgraciadamente la obra de un escritor que tuvo mucha autoridad, pues los *Scrp. Hist. Aug.* lo citan cien veces, Mario Máximo, que había compuesto una *Vida de Trajano*. Según parece, quiso continuar las *Biografías* de Suetonio, como A. Marcelino se propuso continuar las *Historias* de Tácito.

de los hombres, no de las instituciones, y así pasaron como ellos.

Nerva comenzó un período del todo diferente. Cinco príncipes reinarán con honor por espacio de ochenta y cinco años y ninguno de ellos caerá bajo el puñal del asesino. ¿Es que se van á establecer, en fin, aquellas instituciones que explicamos en el capítulo LXXI de esta obra, como el medio de conciliar la unidad del mando, indispensable al imperio, con la participación regular de las provincias en la gobernación del Estado, para prevenir los sobresaltos violentos, los disturbios y las revoluciones? ¿O sólo va á producirse por virtud de la primera elección afortunada una sucesión inesperada de hombres superiores?

Cómodo y Caracalla seguirán los pasos de Nerón y Domiciano, como si los Antoninos no hubieran tenido el mundo en sus manos por espacio de cerca de un siglo. Y sin embargo, estos príncipes eran los últimos que hubieran podido salvar el imperio haciendo concordar armoniosamente sus costumbres y sus recuerdos, sus necesidades y sus instituciones.

Pero si tuvieron buena voluntad y el sentimiento de sus deberes, como jefes del Estado, no se encuentra en ellos más que en sus predecesores el verdadero espíritu político, porque aceleraron el movimiento de concentración, que acabará por destruir todas las libertades municipales y con formas mejores continuaron aquel poder sin límites que debía perder el imperio sepultando bajo sus ruinas la civilización del mundo.

Con todo eso, hay que reconocer en los Antoninos un plan general de conducta, cuya expresión más completa será Trajano. Aleccionados por tantas catástrofes, van á rodear de miramientos y deferencias á la nueva aristocracia que Vespasiano formó, y cuyos miembros ocupan en este momento todos los altos cargos del Estado. Sin devolver á los grandes el poder, no parecerá sino que gobiernan con ellos y para ellos. Harán más patricios para completar esta nobleza, y para acabar con el Bruto republicano, Marco Aurelio, en vez de proscribir su memoria, elogiará al sobrino de Catón como el más perfecto modelo de la virtud romana.

Esto bastará para ambiciones ya modestas: la aristocracia que estaba contra los Césares, y aun contra los Flavios en conspiración permanente, no hará ya más que raras intenciones sin éxito; y el senado, que cree haber recobrado para siempre el derecho de nombrar el magistrado supremo de la república, hará acuñar medallas con esta leyenda: *Libertas restituta*, mientras Plinio celebrará la *Libertad devuelta*.

La conjuración de que acababa de ser víctima Domiciano tenía numerosas ramificaciones, que aparecieron luego de haber dado el golpe. Esta vez estaba todo preparado: los Padres proclamaron á un anciano de una familia tres ó cuatro veces consular, á Marco Cocceyo Nerva, que había recibido por su propio mérito los honores del triunfo (1).

La elección era singular. Hombre de bien, de letras, de costumbres dulces y aun fáciles, Nerva, á pesar de sus dos consulados, no se había señalado por grandes talentos ni por servicios eminentes, ni nada había podido determinar esta preferencia, á no ser su avanzada edad (2) y su mala salud que daban á los ambiciosos tiempo para prepararse, sin hacerles esperar mucho.

Los pretorianos murmuraban, no sabiendo cómo iba á girar una revolución que ellos no habían hecho, y que había derribado al príncipe que les había aumentado la paga. Nerva se personó en el campamento, y con la promesa de un donativo se aquietaron al parecer. En cuanto á las legiones de las fronteras, indiferentes á la elección del amo, pero muy sensibles á la liberalidad del príncipe, no vacilaron, según parece, en su fidelidad, que por otra parte, nada ni nadie tentaba tampoco.

En el senado se pidió la amnistía de los desterrados, con restitución de los bienes, de que no había dispuesto aún el fisco, por lo cual no hubo ninguna dificultad. Pidióse también el castigo de los delatores, y los amenazó una violenta reacción. Muchos fueron ejecutados, entre otros el filósofo Sevas: aquellos eran personas vulgares; los más temibles tenían asiento en el senado.

Tenemos una carta de Plinio en que refiere cómo atacó á un cónsul designado, el que había puesto la mano en Helvidio para arrancarlo de la curia y arrojárselo á los lictores. Nerva, tímido y manso de suyo, moderó esta reacción y se limitó á quitar el consulado al culpable, jurando que mientras él viviera, ningún senador sería castigado de muerte; juramento que repitieron todos los Antoninos. Prohibió los procedimientos por delitos de lesa majestad, la acusación de judaísmo, y conminó con severas penas á los delatores que no probaran su denuncia (3). El despotismo relaja los lazos sociales violando en su interés la disciplina de los órdenes y de las familias: para fortalecerla, Nerva castigó de muerte á los esclavos que en tiempo de Domiciano habían hecho traición á sus amos y á los libertos que traicionaron á sus patronos, y renovó la prohibición de recibir testimonios contra las personas á quienes por la ley se debía respetuosa fidelidad y obediencia.

Estos edictos no tranquilizaron al padre de Herodes Atico, el cual, encontrando en una casa vieja de Atenas un rico tesoro, se llenó de turbación y miedo, y para anticiparse á los delatores, á quienes seguía temiendo, se apresuró á revelar al príncipe su hallazgo, preguntándole qué debía hacer de aquel oro. «Usa de él,» contestó Nerva. Poco tranquilizado Atico con palabras tan contrarias al uso imperial, le escribió de nuevo diciendo: «Pero hay demasia-

(1) Era *triumphalis* (véase Borghesi, V, p. 29). Un Nerva había sido cónsul en tiempo de los triunviros; otro el año 22 de nuestra era; el nuevo emperador lo había sido dos veces; honor que uno solo de sus colegas, L. Verginio Rufo, compartía con él; pero Verginio había ya rehusado el imperio.

(2) Dion dice sesenta y cinco años; Aurelio Víctor, sesenta y uno; Eusebio, Eutropio y Casiodoro, setenta y uno.

(3) No hay que perder de vista que, á falta de ministerio fiscal, el delator venía á ser una necesidad social, puesto que garantizaba la ejecución de las leyes acusando á los que las infringían. El odio era el delator político. La ley recompensaba á los otros *quadruplicatores*, y debían ser ciudadanos honrados.

do para mí. — Pues abusa de él.» El bondadoso emperador que veía en su elevación un capricho de la fortuna, respetaba en los demás los decretos de la diosa que le había sido favorable.

Domiciano había agotado el tesoro de tal manera, que tuvo que suspender Nerva al principio los juegos y las distribuciones, medida de que se espantó muy luego, y no bien había pasado un año cuando restableció las *frumentaciones*. Permitió también que volvieran los mimos, disminuyendo sin embargo el gasto de los juegos, y procuró hacer menos sangrientos los combates del anfiteatro.

La fundación de tres colonias en favor de ciudadanos pobres fué un alivio para algunas miserias (4), y un pensamiento político y benéfico á la vez se reveló en una institución del año 97, que desarrollaron Trajano y sus sucesores: la asistencia del Estado concedida á los niños de familias indigentes (5). Una de sus medallas lo representa sentado en la silla curul alargando la mano como para socorrer á un niño y á una niña, junto á los cuales está su madre de pie con esta leyenda: *Tutela Italiae*. Otra recuerda que suprimió en Italia la obligación impuesta á las ciudades de subvenir á los gastos del correo imperial (6).

Dion (LVIII, 2) observó bien esta política y son de notar sus palabras: «Nerva, dice, no hizo nada sin la participación de los grandes.» ¿Será como se ha creído una nueva forma de gobierno? Es la tradición de Augusto que van á continuar estos príncipes, y la condición general del imperio no se modificará por eso.

Un Craso, que se decía de la familia del triunviro, conspiró sin embargo contra este príncipe, que no quería ser más que el primero de los senadores, y el padre más bien que el dueño del imperio: Nerva se limitó á desterrarlo á Tarento. Un prefecto del pretorio hubo de impeler á los guardias á exigir la muerte de los asesinos de Domiciano. Espantado Nerva, tembló en vez de obrar; imploró el perdón de los condenados por los pretorianos y hasta se ofreció como víctima en lugar de ellos, sin haber podido salvarlos; y consumado el asesinato, justificó á la soldadesca explicando esta violencia por un exceso de respeto al juramento militar prestado al hijo de Vespasiano, y se humilló hasta el extremo de darle las gracias ante el pueblo por haber castigado á los más malos de los hombres.

Este tumulto era de mal agüero: verdaderamente no tenía Nerva la mano bastante fuerte para gobernar. La historia está demasiado dispuesta á pedir á un príncipe y á glorificar en él esa bondad fácil que cede á todas las súplicas. ¿No pudiera ser que hubiera sucedido en el gobierno de Tito y de Nerva, lo que entre nosotros sucedía en la regencia de Ana de Austria? Entonces cada cual iba á su provecho y obraba á su manera; el poder y el tesoro estaban saqueados; pero no había más que estas palabras en todos los labios: «Es tan bondadosa la reina!..» Miremos bien, no sea que algunos de los buenos emperadores hayan sido los que se mostraban fáciles á todos y sobre todo, y algunos de los malos, los que, como el *condenado cardenal*, querían el orden y la obediencia sin intrigas ni conspiraciones. Una noche que Maurico, uno de los deste-

(4) A esta fundación sin duda se refiere el pasaje siguiente de Dion (LXVIII, 2): «Nerva dió á los ciudadanos pobres de Roma tierras por valor de 15,000,000 de dracmas, cuya adquisición y distribución hubo de confiar á algunos senadores.»

(5) *Puellas puerosque natos parentibus egentibus sumptu publico per Italia oppida ali jussit* (Aurelio Víctor, *Epit.* 12). Henzen (*Tabula alimentaria*, pág. 11) refiere que Nerva constituyó igualmente un fondo para subvenir á los funerales de los pobres.

(6) *Vehiculatone Italiae remissa*.

rrados de Domiciano, estaba cenando con Nerva, recayó la conversación sobre uno de los más odiosos delatores del reinado anterior. — «¿Y qué haría ahora si viviera? preguntó el príncipe. — Cenar con nosotros,» contestó Maurico.

El cónsul Frontó decía también en presencia de Nerva: «Es una gran desgracia vivir bajo un régimen en que todo está prohibido; pero no lo es menos vivir en un reinado en

que está permitido todo.» Y Plinio añadía: «El imperio se hunde sobre el emperador (1).»

Tenfan razón: la autoridad que vacila en ejercer sus derechos legítimos, deja que todo se relaje y caiga. El gobierno, cualesquiera que sean su nombre y forma, debe tener por divisa: *Sub lege imperium*. La ley manda, *imperat*, y el poder encargado de hacerla ejecutar debe mandar como



Traiano (Busto del Vaticano. Braccio Nuovo, núm. 48).

ella, sin desfallecimiento, sin desmayo; de otra manera se pierde el respeto mismo de la ley y entonces todo está perdido.

A decir verdad, Nerva no hizo más que una cosa, pero ella basta á su fama: adoptó á Trajano. La violencia de los pretorianos y algunas turbaciones en el Danubio y en el Rin, hubieron de decidirlo en octubre del 97 á tomar un colega, y por indicación de Licinio Sura (2), eligió al más hábil de sus generales «á fin de restablecer la quebrantada disciplina y dar á la república un príncipe que pudiera hacer frente á toda coacción.»

Después llegaron laureles de la Panonia. Nerva fué á depositarlos al Capitolio á los pies de Júpiter, y tomando por testigos á los dioses y á los hombres «declaró que adoptaba por hijo á Trajano (3).»

(1) *Concussa respublica, ruensque imperium super imperatorem* (Paneg. 6).

(2) *Sura cujus studio imperium arripuerat* (Aur. Victor, *Epit.* 13). Así, Trajano lo colmó de honores é hizo de él como un colega suyo.

(3) Nerva murió tres meses después, el 28 de enero del 98, ha-

## II. — TRAJANO (98-117). — GUERRA DÁCICA.

España había ya enviado á Roma toda una colonia de hombres de letras, sabios, poetas, filósofos (4), y ahora iba á darle su primer emperador provincial. Trajano (*M. Ulpius Trajanus*) había nacido el 18 de setiembre del año 52, en *Idlicia* del Betis, uno de los más antiguos establecimientos de ultramar, como quiera que lo fundó Escipión, el Africano, durante la segunda guerra púnica. Hizo sus primeras campañas á las órdenes de su padre, oficial de mérito que había obtenido todos los honores militares y civiles: el

biendo reinado diez y seis meses y nueve días. Hubo en esta adopción una irregularidad, la ausencia del adoptado, cuyo consentimiento era necesario. Nótese que el primer año de su *tribunicia potestas* data del 27 oct. 97, día de su adopción, y que el segundo comenzó el 1.º enero 98. El uso de contar la segunda *potestas tribunicia* desde el 1.º de enero que seguía al advenimiento del príncipe, fué observado por sus sucesores: detalle importante que debe tenerse presente para la cronología de los emperadores.

(4) Herenio Senecio, el amigo de Plinio y una de las víctimas de Domiciano, era natural de la Bética; Licinio Sura era también español.

consulado, el gobierno de Siria, las insignias triunfales, y en fin, el año 79, el proconsulado de la provincia de Asia. Sirvió diez años como tribuno militar en Siria y en el Rin; fué pretor hacia el 85, jefe de una legión en España, cónsul el 91, y después gobernador de la alta Germania: era bravo, hábil, popular en el ejército, á pesar de su firmeza, porque si mantenía severa disciplina, era también siempre justo. En el campamento vivía sin lujo ni molición, con privaciones, si era necesario, y se mezclaba en todos los ejercicios: en campaña dejaba sus caballos con los bagajes para marchar á pie á la cabeza de las tropas, compartiendo sus fatigas y siendo el último que volvía á la tienda. Finalmente, tenía esa facultad de los grandes generales, llena de seducción para el soldado, de poder llamar por su nombre hasta al último de sus oficiales y á los que habían recibido una herida ó una recompensa.

Con esto, á la nueva de su elevación, todos los ejércitos le enviaron felicitaciones, cuya sinceridad no puede ser sospechosa esta vez, como quiera que esta inesperada elección era para ellos un honor y para los jefes militares una esperanza.

Tres meses después recibió Trajano en Colonia á los enviados del senado, que le llevaron la noticia de la muerte del emperador, y contestó con una carta á la vez modesta y digna, en que renovaba el juramento hecho por su padre adoptivo de no imponer jamás á un senador pena capital; promesa extraña que explican los reinados precedentes y que anunciaba, por otra parte, que el nuevo príncipe, como Nerva, llevaría el gobierno del palacio á la curia. Trajano tenía á la sazón cuarenta y seis años.

En prueba de su confianza en el senado dejó que esta asamblea y los cónsules gobernaran á Roma y el imperio, mientras permanecía él en el Rin, terminando los grandes trabajos ordenados por Domiciano. Parece que poseído ya del deseo de devolver su esplendor á las armas romanas, y no viendo nada importante que hacer en esta frontera, quiso constituir una defensiva inexpugnable para no tener que temer una diversión por esta parte, cuando estuviera ocupado lejos de allí (1).

Nos faltan detalles sobre estos trabajos; pero estamos seguros de que empleó bien los tres años de su gobierno, de que empleó mejor aún el cuarto, ó sea el de su adopción, y de que sus sucesores sin duda tuvieron que conservar más bien que continuar el inmenso atrincheramiento de las *tierras decumatas*. Por detrás de esta línea de defensa había establecido numerosos puestos militares, que debían aumentar su fuerza; al Norte, para reemplazar en la orilla izquierda del río el arruinado campamento de *Vetera Castra*, edificó la *Colonia Trajana* (Kelln ó Cleves), cuya guarnición dominaba el curso inferior del Rin; al Sur fundó á *Agua* (Baden Baden) al alcance de los desfiladeros del Schwarzwald; en el centro, en Maguncia, enfrente de la grande entrada de Galia en Germania, echó sobre el Rin un puente permanente, unido por una buena vía de 10,000 pasos á una fortaleza construída hacia el Hochst, en la embocadura del Nidda en el Mein, y que tres siglos más tarde se holgó de encontrar Juliano para atrincherarse contra los alamanes. Acaso haya que colocar también en este momento la expedición de Vestricio Espurina, legado de la baja Germania, que sin combate fué á restablecer al rey de los brúcteros en sus Estados. Tácito, con la exageración que le es habitual,

(1) *La Germania* de Tácito, compuesta el 98, prueba que ya se ocupaban en Roma de aquellos pueblos y se conocían bien sus fuerzas y su carácter. Plinio el Antiguo había ya publicado sobre el mismo asunto una obra en 20 libros con el título de *Guerras de Germania*.

nos había mostrado á este pueblo como aniquilado. Después de su derrota, habiéndose establecido en su territorio chamavos y angrivarios en gran número, creyeron los romanos peligrosa su vecindad y ayudaron á los restos de los brúcteros á constituirse bajo la autoridad de un rey nacional cuya debilidad misma lo mantendría en su dependencia.

Así pues, en el Rin inferior estaba garantizada la seguridad, y la influencia de Roma irradiaba hasta el Weser (2).

Desde las orillas del Rin, había anunciado Trajano á todo el imperio con un acto de firmeza el principio de una administración viril. Nerva le había enviado su anillo y este verso de Homero:

Τίσιαν Δαναοῖ ἐμὰ δάκρυα σοῖσι βέλεσσιν. (3)

«Tus flechas, ¡oh Apolo! hagan expiar mis lágrimas á los hijos de Danao.» Estos hijos de Danao eran para el débil anciano los autores de la última sedición. Trajano los llamó á su presencia, y los unos fueron degradados y los otros desterrados ó condenados á muerte. Todo el mundo comprendió que era preciso obedecer en adelante; pero se supo muy luego que se obedecería á la ley, no á un dominador caprichoso y cruel.



Plotina, mujer de Trajano (4)

Esta larga permanencia en la frontera revelaba poca prisa en correr á las fastuosas pompas de Roma. Pero en una monarquía militar esta conducta era muy política y con ella acabó de granjearse Trajano la voluntad y el corazón de los soldados de todas las legiones. Cuando partió para su capital en la segunda mitad del año 99, los legionarios de su escolta no dieron motivo de ninguna queja en todo el camino: hubiérase creído el modesto séquito de un general. Esta moderación era de buen gusto y de mejor augurio; pero cuando hace fijar una enfrente de otra la cuenta de sus gastos en este viaje y la de otro viaje de Domiciano, lo encuentro poco generoso con un muerto que había preparado su fortuna con los honores y mandos de que lo había investido (5). A su llegada á Roma, nada de pompa ni de ostentoso aparato; solamente el inmenso concurso del pueblo contemplando con plácida extrañeza á aquel emperador que hacía á pie su primera entrada en la capital, á aquel soldado envejecido en los campamentos y afable con los ciudadanos, á aquel valeroso capitán, de alta estatura y aire marcial que manifestaba su respeto al mérito civil y á la edad.

La emperatriz Plotina, mujer de costumbres severas, de que los griegos hicieron, sin razón, una nueva Venus, *Ἀρροδίτη θεὰ νεωτέρα*, no quería más ceremonial en torno de sí. Al subir la escalera del palacio, se volvió hacia la multitud para decirle: «Tal como entro aquí, quiero salir.» Y cumplió su palabra.

(2) Las precauciones tomadas por Domiciano y Trajano en esta frontera permitieron disminuir las fuerzas que la guardaban. Augusto tenía allí ocho legiones (Tacito, *Ann.* IV, 5); en el siglo segundo no se encuentran ya más que cuatro (Borghesi, IV, 217 y 265).

(3) *Iliada*, I, 42.

(4) PLOTINA AVGVSTAE IMP TRAJANI (Gran bronce).

(5) No registraría este acto de una vanidad, después de todo, legítima, si Trajano no hubiera dado con esto el tono á los cortesanos entregándoles la memoria de Domiciano. En la monarquía hereditaria, el hijo con su sola presencia en el trono defiende la memoria de su padre. En el imperio romano, sucedió rara vez que el heredero tuviera interés en proteger á su predecesor contra las calumnias de los facciosos ni aun de los cortesanos.